

Estudio crítico

Juan Valera

Leonardo Romero Tobar



Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FHL

© DEL TEXTO: el autor

© DE LA EDICIÓN DIGITAL: [Fundación Ignacio Larramendi](#)

Fecha de la edición digital: 30/03/2015

Lugar: Madrid (España)



Conversión a formato electrónico realizada por [DIGIBÍS](#).

JUAN VALERA (1824 - 1905)

LEONARDO ROMERO TOBAR

Catedrático del departamento de Filología Española

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza.

El escritor polígrafo



Casa natal de Valera en la antigua calle San Martín, hoy de Juan Ulloa, en Cabra, Córdoba.

Juan Valera es para el lector común de hoy día uno de los novelistas españoles del siglo XIX más famosos y para los lectores exigentes está emergiendo la figura del impresionante escritor de cartas familiares en las que fue registrando su vida personal y muchos aspectos de la vida española durante más de cincuenta años. Puede parecer extraño calificarle como "polígrafo" – un adjetivo que según los usos retóricos establecidos sólo conviene a su amigo el "polígrafo santanderino" Menéndez Pelayo– y, sin embargo, tal caracterización es la que admitirían con menor esfuerzo los lectores contemporáneos suyos. Él mismo se presentó ante sus lectores en más de una ocasión como un escritor promiscuo que alternaba el cultivo de los géneros literarios, no se sabe muy bien si

a la búsqueda del que más pudiera convenirle para su mayor satisfacción o si, cautivo del mercado literario, obligado practicar al imprescindible "nulla die sine linea". Escribía, por ejemplo, en la dedicatoria de la novela *El Comendador Mendoza* (1877): "Primero fui poeta lírico, luego periodista; luego, crítico; luego aspiré a filósofo; luego tuve mis intenciones y mis conatos de dramaturgo y zarzuelero, y al cabo traté de figurar como novelista en el largo catálogo de nuestros autores".

Valera comenzó su carrera de escritor publicando poesías en revistas andaluzas y madrileñas, pero no fue el camino de la lírica el que le abriría el interés de su público lector. Lo mismo puede decirse de sus *Tentativas dramáticas*, textos teatrales que pasaron desapercibidos para los espectadores de su tiempo. Valera, como tantos escritores del XIX, encontró su campo literario en las páginas de los diarios y las revistas, donde pudo ser leído con llamativa frecuencia desde 1853 hasta 1905. Sus primeras colaboraciones incluían relatos breves –otro género literario en el que el autor andaluz realizó brillantes aportaciones–, notas sobre la vida social del momento, crítica

literaria y ensayos sobre las más diversas materias. Solamente en las colaboraciones de 1855 y 1856 en la Revista de Madrid, además de las inevitables alusiones a textos literarios y a la *high life* madrileña, encontramos comentarios suyos sobre la gran novedad que eran entonces las Exposiciones de Bellas Artes, sobre Hacienda y Economía Política, sobre la costumbre de los viajes a París o sobre la actividad teatral en la capital del Reino.



Don José Valera y Viaña, padre de Juan Valera.

Si "polígrafo" es para el diccionario académico "el autor que ha escrito sobre materias diferentes", sin ninguna duda don Juan Valera es un polígrafo de primera fila tanto por el número de textos de omni re que publicó a lo largo de su vida, como por el buen conocimiento de muchos de los asuntos de que trataba y la agudeza con que sabía dotarlos de un perfil singular en su tratamiento. Articulista y ensayista en el sentido moderno de estos términos, y polígrafo también, fue el autor de Pepita Jiménez y, desde esta perspectiva, es imprescindible recuperarlo hoy día a los efectos de reconstruir la que ha sido biblioteca de ideas y conocimientos de los españoles en los tiempos recientes.

Por formación intelectual y por actividad profesional Juan Valera era un humanista que poseía muy finos instrumentos para el análisis de la realidad contemporánea; por ello, sus análisis políticos –tanto en los planteamientos de principios generales como en las consideraciones de coyuntura circunstancial– solían tener un nivel muy superior a lo que era práctica común en la vida española de su tiempo (véanse, por ejemplo, sus intervenciones parlamentarias exhumadas por la recordada Matilde Galera). Como lector aprovechado de los grandes filósofos alemanes sabía situar en el plano de una ética fundamentada su idea del Estado moderno y del regimiento que los gobernantes deben aplicar a la cosa pública. Otra cuestión es la de su identificación con los valores e intereses de las potencias occidentales y los de la clase social que encarnaba el poder en la Europa del siglo XIX. De modo y manera que sus trabajos de índole estrictamente política no deben excluirse de la recopilación del conjunto de sus escritos.

Siguiendo en el terreno de la vida pública, es preciso recordar que Valera –en lo que coincidía con otros españoles y, singularmente, los krausistas– estimaba la educación y la elevación de la moral colectiva como una palanca imprescindible para la comprensión

y el progreso de España, tanto en su mirada hacia el pasado como en la visión del futuro. España y su Historia fueron preocupación constante en nuestro escritor y muchos de sus trabajos periodísticos resultan ser un entrecruzado de observaciones suyas proyectadas al mismo tiempo sobre el acontecer hispano de otros tiempos y sobre los sucesos infelices que aquejaban a los españoles del siglo XIX.



Un joven Juan Valera vestido a la última moda.

La reciente recopilación de Obra histórica de nuestro autor que he efectuado (Urgoiti editores, 2004) me ha planteado la dificultad de distinguir entre los trabajos en los que el autor se centraba directamente en la interpretación de hechos históricos y aquellos textos en los que la materia histórica era un argumento más que el autor empleaba en sus combates de la vida política contemporánea. La edición de las Obras completas resolvía este dilema agrupando todos los escritos de este tenor en una serie de tomos (desde el XXXVII al XL) que tituló Estudios críticos sobre historia y política.

En algunas reseñas de libros de Historia, don Juan Valera muestra la omnívora curiosidad intelectual que le dominaba, puesto que no sólo se refería a las Crónicas y fondos documentales que son imprescindibles en toda investigación

histórica, sino que daba juicios certeros sobre las entonces denominadas "ciencias auxiliares", como la Economía Social, la Arqueología, la Lingüística..., materias de las que también escribió en algunas ocasiones.

Algo similar ocurre si nos situamos en el polo opuesto –admítaseme esta simplificación– de los saberes humanos: la ciencia positiva. Un terreno ajeno, en principio, al universo cultural de nuestro autor y sobre el que, a pesar de lo que pudiéramos sospechar, algo y mucho se le alcanzaba, al menos en cuanto que poseía información sobre los avances teóricos y tecnológicos de las ciencias que encontraban mayor eco social durante la segunda mitad del siglo XIX. Por ejemplo, en su reseña del libro de poesías de Melchor de Paláu, que prologaba el científico Rodríguez Carracido, alude sin error a nociones de Geología, Astronomía y Biología, bien que para defender su idea permanente de la superioridad de la experiencia artística del espíritu humano:

"La ciencia –escribe en este texto de 1890- no ha venido a achicarlo todo, como pretende y deplora Leopardi, sino a hacer más ingente, más hermoso, más rico y más vario el panorama del espíritu".



Kant, una influencia del joven Juan Valera.

Las lecturas del joven

La curiosidad artística e intelectual fue acicate permanente en Valera, pero, lógicamente, los años de su formación juvenil trazan con mayor elocuencia su aventura de adquisición de saber y saberes, al menos para los que vemos la biografía del escritor desde fuera. En una hermosa carta que dirige a su padre el 3 de mayo de 1850 y en la que se desnuda en todas sus zozobras morales e intelectuales un joven de veintiséis años que quiere buscar su camino en la vida –quod vitae sectabor iter? podría preguntarse Valera con el filósofo francés– y que, al mismo tiempo que vive en la perplejidad, explica

cuáles son sus lecturas del momento, lecturas que sirven un muestrario de múltiples intereses:

"Leo, sin embargo, los periódicos y estudio las cuestiones económicas y sociales que ahora agitan al mundo. Últimamente he leído los sofismas económicos de Bastiat a favor de la libertad de comercio, y ahora leo las obras del ciudadano Proudhon. Además, entiendo yo que para tener ideas claras y fijas en política, se deben tener antes en filosofía, lo que no es fácil en la época que alcanzamos, en que cada uno piensa a su manera y hay un caos en el mundo filosófico. No obstante, yo he logrado formarme ya cierto sistema, muy parecido al de Kant, el que me sirve de base en los estudios que hago (...)."

Fuera de Toreno, Quintana, Navarrete, y otros varios que han escrito de cosas especiales a nuestro país, no creo que haya en éste un prosista distinguido desde principios del siglo acá, y menos ahora que nunca. El único economista que tenemos es Flórez Estrada; el único filósofo, Balmes, y ambos no pasan de medianos. Yo quisiera valer tanto como esta gente y que sonara mi nombre, no sólo en España; pero debería estudiar mucho y trabajar más para conseguirlo.

De su educación en la biblioteca familiar y de su aprendizaje de lenguas en el Sacromonte de Granada teníamos noticia gracias a la Autobiografía que escribió para el erudito Ramírez de las Casas Deza; de su conocimiento del griego, mediando su

relación personal con la marquesa de Bedmar, y de la familiaridad con lenguas y literaturas modernas, podemos saber mucho más gracias a las cartas familiares que redacta en distintos épocas y lugares. Su apropiación de noticias y conocimientos muy diversos y, en muchas ocasiones, poco frecuentados por los españoles cultos de su tiempo añaden a sus escritos un matiz singular de sabiduría, originalidad y amplitud de mente, todo lo más lejos posible de un mente-captus, oséase, mentecato. Y buena parte de lo que comunicó en público lo hizo en las páginas de las publicaciones periódicas.

En su actividad de polígrafo periodístico existen tres etapas de fecunda dedicación. La primera corresponde a los años sesenta y, fundamentalmente, a su trabajo en el diario de Salamanca y Albareda, *El Contemporáneo* (1860-1865), en el que Valera fue redactor principal desde su fundación hasta finales de enero de 1863, aunque siguió escribiendo en él a pesar del distanciamiento político que le alejó de los que fueron llamados los "angélicos". Los editores de *Obras Completas* y, posteriormente, el hispanista Cyrus DeCoster han reeditado muchos escritos de esta época y el mismo escritor reunió trabajos de esta fase en sus dos volúmenes de *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*.



Una segunda etapa de fecunda actividad periodística es la que corresponde a los años 1868 a 1881 en que, por modo fundamental, escribe en la *Revista de España*, también de Albareda, y en otras publicaciones periódicas surgidas en torno al clima cultural suscitado por el Sexenio y la Restauración. Desde 1883 -tercera etapa- datan sus primeras colaboraciones en los grandes periódicos del fin de siglo –*El Liberal*, *El Día*–, las de *El Imparcial* serán a partir de 1888 y, por supuesto, en las revistas culturales que marcan el acmé de la literatura española en el traspaso de siglos. En otro lugar (Fundación Lázaro Galdiano, 2003) he destacado el papel de colaborador insustituible que le confería

Lázaro Galdiano para las páginas de su revista *La España Moderna*, en la que Valera colaboró desde 1889 hasta 1897. El nonato proyecto de una revista cultural que planeaba el editor alemán Krapf, en 1901 y en Vigo, para que don Juan fuese su animador y director será conocido en detalle cuando aparezca el tomo de la *Correspondencia* en que se recogen las noticias pertinentes.

Las "Obras Completas"



Carmen Valera Delavat, hija de Juan Valera, compiladora de la obra completa de su padre.

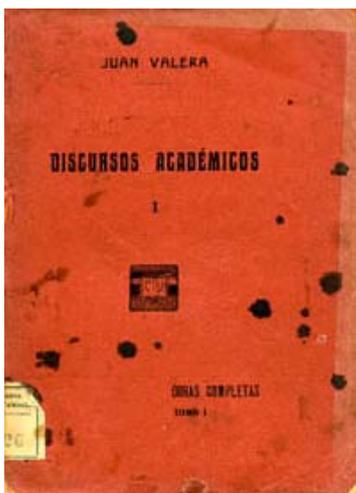
Su hija, Carmen Valera Delavat, fue la ejecutora de la edición, hoy todavía canónica, de las Obras Completas. Historias familiares aparte, la voluntad de la heredera de derechos y textos hizo posible esta gran empresa cultural y editorial de la que ahora podremos lucrarnos tecnológicamente gracias a la técnica de la digitalización. Entre paréntesis, me pregunto qué hubiera dicho don Juan Valera sobre todo ello.

Valera, en vida, inició la publicación de unas, así tituladas, Obras, de las que solamente aparecieron siete volúmenes entre 1885 y 1890. Estos volúmenes aparecieron en la "Colección de Escritores Castellanos" que publicaba el

conocido editor Manuel Catalina, y constituye una reunión de textos de creación de nuestro autor: poemas, cuentos, novelas y un solo volumen, el séptimo, de Disertaciones y juicios literarios. El primer volumen de esta serie se titula Canciones, romances y poemas y es la colección más extensa de poemas publicada en vida del escritor, que la dispuso mientras permanecía en Washington y la concluyó a raíz de la muerte de su hijo mayor. Menéndez Pelayo fue su gran ayuda para esta edición y, además, comentó a modo de humanista del Renacimiento varios poemas del libro. La edición de los dos tomos siguientes también se efectuó mientras don Juan representaba a España en Bruselas y en ellos también participó don Marcelino, como podemos comprobar en la ayuda que le pide para la confección del tomo III, en una carta de 26-V-1887:

"El libro, tomo III de la colección de mis obras, tendrá que llevar un título comprensivo. Me parece el mejor, Nuevos estudios críticos. Primero irán los Apuntes(sobre el nuevo arte de escribir novelas). Luego, para completar, pondremos lo que yo escribí sobre el Fausto de Goethe y sobre Shakespeare. Y luego he pensado en otros artículos nunca coleccionados; uno de ellos, el que escribí en forma de carta a Cueto-Valmar acerca de las Poesías de usted. Si usted le tiene, o si le puede hallar –en la Revista de España hubo de salir–, le agradecería yo que le diese a Catalina. Dígame usted que más podremos añadir no coleccionado (...)."

Pero esta recopilación de Obras no llegó a buen puerto. Cuando recién muerto Valera, su hija Carmen inició la publicación de las Obras completas (1905- 1935) el plan editorial no se abrió con las obras de creación –que están incluidas en los volúmenes III a XVIII– sino con los Discursos académicos –volúmenes I y II–, textos con los que posiblemente la editora establecía una línea de continuidad con el perfil oficial de Valera que había dominado en la opinión pública a la hora de percibir la figura de su padre en los últimos años de su vida.

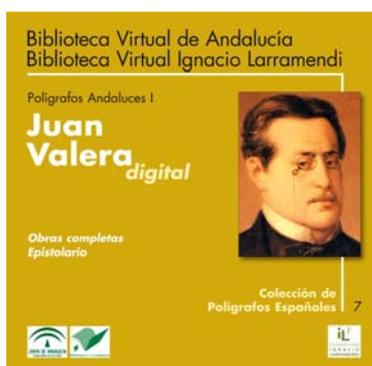


Portada del primer tomo de las obras completas de Juan Valera publicadas por su hija.

No es caso de repetir aquí el índice de los 53 volúmenes que forman esta colección ni tampoco procede hacer ahora la descripción bibliográfica completa de esta serie, entre otros motivos porque faltan algunos datos concretos para hacerlo con precisión. En cualquier caso rasgos bibliográficos fundamentales de las Obras Completas son: 1) desde el tomo I hasta el XLVIII la tirada está hecha en Madrid por la Imprenta Alemana; 2) el tomo II no lleva indicación de imprenta ni de editorial; 3) los tomos L-LIII están impresos también en Madrid por la Editorial J. Sánchez Ocaña; 4) los distintos tomos se reeditaron en años sucesivos (hasta el año 1940); 5) en cada uno de los volúmenes se señala la propiedad de derechos que asistía a Carmen Valera, a la que un reportaje de María de A. Cardona en la revista Tajo (30-

VIII-1941) evocaba conservando el archivo epistolar de su padre y dolida "de no poderlo publicar ya íntegro como se le propusiera anteriormente". La más divulgada impresión de Obras Completas en tres volúmenes de la editorial Aguilar reproduce casi íntegro el contenido de la edición de la Imprenta Alemana, que sigue siendo la más completa de las que existen en las bibliotecas.

La edición digital



Bienvenida, pues, la edición digital de las Obras Completas de Valera con todas las utilidades complementarias que este soporte informático ofrece. Con todo, para una "obra total" de nuestro escritor habrá que tener en cuenta que el recordado DeCoster reunió en dos voluminosos tomos Obras desconocidas (1965) y Artículos de El Contemporáneo (1966) que Carmen Valera no había integrado en su edición y, también, que

el mismo estudioso norteamericano recordaba en una página de su Bibliografía de Juan Valera de 1970 cómo faltaba hasta aquel año la reedición de textos tan significativos como los discursos de Valera en el Parlamento, su continuación de la Historia de España de Modesto Lafuente y lo que se conservase de su apasionante correspondencia. Matilde Galera y yo mismo hemos procurado completar esos vacíos, aunque aún quedan sueltos otros trabajos periodísticos y muchas cartas-prólogos dirigidas a jóvenes escritores y de las que el polígrafo andaluz fue tan generoso. Reunirlo todo puede ser una feliz continuación de las Obras Completas.